



LA /
REVELACIÓN

— SAGA MINERVA NÀCHER —
TRINIDAD FUENTES

«Una obra laberíntica y adictiva,
llena de preguntas intrigantes».

Publishers Weekly en Español

 SAMARCANDA

2^a
Edición

La Revelación

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Derechos reservados © 2022, respecto a la segunda edición en español, por:

© Trinidad Fuentes

© Editorial Samarcanda

ISBN: 9788418720017

ISBN e-book: 9788417941864

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.

Plaza de la Magdalena, 9, 3 (41001-Sevilla)

www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

A mi madre, mujer valiente de alma poeta.

1

Bastó con que se desabrochase la blusa. El simple hecho de imaginar bajo la misma la firmeza de unos senos jóvenes estimuló su lascivia. La observaba tumbado sobre la cama, aún vestido, con las manos entrelazadas bajo la cabeza. Ella continuó desnudándose mientras lo horadaba con una mirada nauseabunda, consecuencia de la infinita aversión que sentía hacia él. Lorenzo percibió el agravio de unos ojos llameantes de rabia y se mostró impasible ante ellos. Lejos de amedrentarlo, la expresión aguerrida de aquella mujer de carnes prietas y dieciocho años recién cumplidos avivó la antorcha de su deseo.

Una vez ella se hubo despojado de toda la ropa, comenzó él. Se aflojó con lentitud el nudo de la corbata mientras en su rostro se dibujaba un rictus de ambigua placidez. Ella acataba las órdenes de Lorenzo, intentaba apaciguar la zozobra que la soliviantaba para pensar en la manera de huir.

El timbre de la entrada principal a la casa sonó junto a unos golpes. Lorenzo Arqué hizo caso omiso, aunque se reflejó en su rostro cierta preocupación, frunció el entrecejo y apretó los labios. Prefirió evitar cábalas. Volvió la mirada hacia su víctima y

le ordenó que entrase en el jacuzzi que adornaba la parte central de la habitación. Ella obedeció.

Lorenzo se despojó de toda la ropa, entró en el baño de burbujas y se acercó a la joven. El ritmo cardíaco de Eva aumentó ante la proximidad del maloliente resuello, y se exacerbó al sentir cómo el roce de una boca babosa resbalaba por su cuello. El timbre de la puerta volvió a sonar. Lorenzo salió del jacuzzi enojado. Se cubrió la mitad inferior del cuerpo con una toalla y dibujó una línea irregular con las huellas de sus pies mojados al caminar descalzo hasta la puerta. Observó por la mirilla, no vio a nadie.

Eva aprovechó la ausencia de su secuestrador para salir del agua con sigilo, se secó, se puso la ropa y se calzó. Lorenzo regresó a la habitación, dirigió la vista hacia el jacuzzi y profirió una retahíla de exabruptos al tiempo que, apresurado, sondeó con la mirada el resto de la alcoba hasta que consiguió clavarle unos ojos sangrantes. La joven, en un rincón, tiritaba agazapada y un llanto silencioso le humedecía el rostro. Lorenzo la agarró por los costados, la lanzó con furia sobre la cama. Quedó tumbada bocarriba, arredrada ante su imagen esperpéntica. De un tirón se soltó la toalla y, rugiendo su enfado, restregó su fornido cuerpo sobre la vestimenta de Eva. Introdujo la mano izquierda bajo la falda y le presionó la entrepierna con deseo hiriente, mientras con la mano derecha le apretaba la boca y ahogaba sus desesperados chillidos. Inspiró hondo al palparle el pubis como si percibiese un placentero aroma, se relamió los labios al despojarla del tanga como si saborease una delicia palatina. Ella intentaba defenderse, pero a cada arañazo, a cada golpe, a cada patada, Lorenzo respondía con un aberrante gemido de placer.

Se oyeron cuatro golpes bruscos en la puerta de entrada, seguidos, de nuevo, por el sonido del timbre. Lorenzo, enfurecido y sin dejar de amordazar a Eva, no medió palabra, bastó con hacerle con el dedo el insinuante ademán de seccionarle la yugular para

que ella se mantuviese en un absoluto mutismo. Se envolvió en la toalla y avanzó dudoso hacia la puerta que, por tercera vez, era aporreada con mayor porfía que las anteriores. La entreabrió y chocó con una mirada torva ante la que se sintió vulnerable. El disparo fue silencioso.

2

19 de marzo del 1933

—¡Empuja, empuja!

—No puedo más —gritó.

—¡Un último empujón, fuerte! —insistió la partera.

Se escuchó un chillido infinito, un silencio, un lloro. Cristóbal acababa de nacer, Rita lo colocó sobre una madre exhausta y los cubrió a ambos con una vieja manta para salvaguardar el calor del neonato. Salió de la habitación e intercambió breves palabras con Emilio, que esperaba en un espacio reducido donde se fusionaban cocina y comedor.

—Ya tienes otra boca que alimentar —ironizó Rita, sabedora del trato que Emilio daba a sus hijos, quienes, desde pequeños, debían trabajar duro para ganarse un plato de comida.

—¿Niño o niña? —se interesó.

—Tu cuarto hijo varón.

Emilio entró en la habitación con buen ánimo, echó la manta hacia atrás y se dispuso a comprobar que su nuevo vástago tuviese apariencia sana y constitución fuerte.

—¡Espera! —lo detuvo Rita—. Tengo que cortar el cordón umbilical.

La mujer de Emilio seguía quieta e inexpresiva. En la aldea donde vivían todos la llamaban así, «la mujer de Emilio» o «la Emilia», como si no tuviese personalidad propia. Su nombre, Teresa, quedó en el olvido el día del desposorio, de eso hacía ocho años; *ocho malditos años*, susurraba alguna vez en la soledad de los fogones. Apenas salía de casa y, cuando lo hacía por una imperiosa necesidad de comprar víveres, Emilio le controlaba el tiempo, la vestimenta, le daba el dinero justo y le recordaba que mantuviese siempre la mirada hacia abajo. Ella sabía, por experiencia, que desobedecer cualquiera de aquellas órdenes tenía nefastas consecuencias. Emilio le dio la primera paliza el mismo día de la boda, por la noche, recriminándole que había sonreído demasiado a los demás hombres que asistieron al enlace. Después de golpearla, mientras Teresa seguía llorando, la penetró para hacerla suya, «mía, solo mía, para siempre», le repetía. A los nueve meses nació el primer hijo del matrimonio y ya iban por el cuarto. Teresa había sido madre por obligación, no por deseo, pero criaba a sus hijos con amor. Teresa odiaba a Emilio desde la misma noche de su boda, pero cumplía con sus deberes de esposa.

—¡Rita! —irrumpió Sebastián entrando en la casa sin llamar—. ¡Rita! —insistió con desesperación.

—No grites en mi casa —le reprochó Emilio saliendo a su encuentro.

—He ido a casa de Rita y me han dicho que está aquí.

—Sí, está con mi mujer, ya tengo otro hijo varón —dejó escapar una sonrisa pretenciosa.

Rita, que había escuchado cómo voceaban su nombre, salió de la habitación.

—¡Rita! —exclamó Sebastián al verla—. Amalia ha roto aguas.

—Luna llena, noche de parturientas. Tranquilo, estoy acabando. Vuelve con tu mujer que enseguida voy —aseveró.

Sebastián obedeció y salió corriendo hacia su casa. El matrimonio formado por Amalia y Sebastián era la antítesis de la escabrosa relación entre Teresa y Emilio. Amalia y Sebastián vivían en armonía, se amaban y respetaban. Llevaban casados cuatro años y su buena situación económica les había permitido viajar, como ambos deseaban, antes de procrear.

Estaban nerviosos y felices. Sebastián asió la mano de su mujer y la ayudó a tumbarse en la cama, asegurándole que Rita estaba a punto de llegar.

—¡Ya sale! —exclamó Amalia, azorada—. ¡Ayúdame tú, Sebastián, la criatura ya sale! —insistió.

—Pero, Amalia, amor mío, no sé qué debo hacer —dijo tembloroso, mientras un sudor frío le regaba el cuerpo.

Los golpes en la puerta, junto a la voz de Rita pidiendo permiso para entrar, le hicieron creer en los milagros.

—Estamos arriba, Rita, en la habitación grande —su voz explosionó.

Carlota Pinel nació casi sin ayuda, como bien decía su madre, cuando llegó la partera la criatura ya estaba saliendo. No ocurrió lo mismo con la otra, que, atravesada en las entrañas de su madre, no tenía nombre porque no se la esperaba. Rita introdujo una mano en el útero de Amalia, con tacto suave comprobó lo que se temía, la posición del cuerpecito complicaba el parto.

María, que vio la vida gracias a los conjuros y buen hacer de la partera, crecería como nació: con dificultad.

Carlota Pinel y Cristóbal Figueroa evolucionaban al unísono. Dieron sus primeros pasos a la vez, fueron prematuros en el habla y jugaban juntos siempre que se encontraban cuando, de la mano de sus madres, coincidían en algún lugar de la aldea. Hasta que dejaron de verse, de coincidir.

En 1936, tras el estallido de la Guerra Civil, Carlota, su hermana y su madre viajaron a Francia.

Cuando fue requerido para el frente de combate, y pese a la negativa de su esposa, Sebastián insistió en que se fuera con las niñas. Amalia no sabía estar sin Sebastián, para todo dependía de él, era incapaz de tomar decisiones por sí misma, de emprender acciones sin su apoyo, de escapar de un país en guerra, de proteger a sus pequeñas. Pese a su buena situación económica, se sintió asfixiada por las circunstancias.

—Vosotras tenéis que salir del país y nuestro dinero también —le explicaba Sebastián—. Estaréis bien con mi tío, tiene sus rarezas, acostúmbrate a ellas, no desfallezcas, piensa en Carlota y en María —le hablaba con frases cortas, claras, concisas.

La casa de los Pinel quedó cerrada durante algo más de tres años, un tiempo que perturbaría el resto de sus vidas.

Amalia, sin soltar durante horas la mano de María, la frágil de las mellizas, mantuvo un lloro intermitente durante el viaje en tren hasta la llegada a la estación de París. Allí las aguardaban dos hombres. Uno de ellos iba uniformado como chófer. El otro era un hombre atractivo, trajeado, con una fotografía que sujetaba mientras recorría la mirada entre la gente que descendía del tren, hasta que la fijó en ellas y gesticuló una sonrisa ambigua. Amalia bajó la mirada al sentirse observada. El joven treintañero avanzó hacia la tímida mujer y se presentó tendiendo la mano en un gesto de cortesía y poca familiaridad.

—Bienvenidas. Soy Michel Pinel, primo de Sebastián. Te he reconocido por la fotografía que nos envió —dijo mostrándosela. El papel, con la imagen en blanco y negro, estaba un tanto agrietado.

Michel hizo un gesto con la cabeza al chófer indicándole que se ocupara del equipaje. Amalia se resistía a soltar la maleta.

—Por favor, deja que el criado haga su trabajo.

Amalia le hizo caso, se descargó de la única maleta que portaba, cogió a María en brazos y ordenó a Carlota que caminase a su lado. Carlota era bastante más parlanchina que su madre y, a sus tres años, era una niña extrovertida y vivaracha.

—¡Hola!, ¡hola!, ¡hola! —exclamó al chófer alargando uno de sus pequeños brazos para quitarle el sombrero acompañada de una carcajada.

—Tú eres la pequeña Carlota —le dijo Michel intentando hacerle una carantoña que la niña esquivó girando la cara.

Michel Pinel frunció el cejo. No aceptaba los rechazos. Lo volvió a intentar; Carlota giró de nuevo la cara.

—Mi padre nos espera y tenemos un largo camino por recorrer. —Echó a andar con paso firme, tras él, Amalia con las niñas y el portador de las maletas.

La inseguridad que sentía Amalia se había acrecentado con el recibimiento de Michel y aún más con la reacción de Carlota. Poco después de nacer, Rita le dijo que Carlota era especial. Cuando la niña se mostraba esquiva con alguien, ese alguien no era persona de fiar. Además, Amalia ignoraba que Sebastián tuviese un primo, nunca le había hablado de él. Estaba confusa y asustada. Llevaban un rato en el lujoso Chrysler azulado cuando empezó a sollozar.

—¿Nostalgia? —inquirió Michel.

—Sí —se limitó a afirmar. Era la única palabra que Amalia había dicho desde su llegada al país francés.

María observaba a su madre y lloraba como ella. Carlota, seria, mantenía la mirada fija en el cogote de aquel hombre que le daba repelús.

A las puertas de la mansión, bajo un cielo amenazante, negro como el destino que las acechaba, las recibió un caballero giboso abrazado a la postrimería, ojeroso, pellejudo y de engranajes oxidados, pero de exquisita elegancia en las formas y el vestir. Se

aflojaba la corbata mientras carraspeaba. El anciano mantenía un leve aunque constante movimiento con la cabeza que ladeaba ligeramente hacia el lado derecho. Sus ojos, empequeñecidos por unas gruesas cejas y una prominente nariz, reflejaban el vigor de la sabiduría y la sensatez de la experiencia. Miró y sonrió a las recién llegadas. Amalia le hizo una leve reverencia, María se escondió tras su madre, Carlota se lanzó a los brazos del anciano preguntándole si era su abuelo, él respondió con un dubitativo «sí», y dio un beso en la mejilla a aquella niña que, presagió, sería la alegría de su vejez.

—¡Entremos! —ordenó Michel intentando separar a Carlota de los brazos de Fernando.

—Contigo no quiero —volvió a rechazarlo la niña, aferrándose al que, desde ese momento, consideró su abuelo.

19 de marzo del 1949

Un día más, Cristóbal Figueroa había salido al amanecer con el rebaño, unas pocas cabras que había conseguido gracias a su trabajo y habilidad persuasiva. Cuando cantaba el gallo, Cristóbal abandonaba el jergón de paja, andaba sin pereza hasta el corral y ordeñaba las cabras, mientras su madre preparaba unas gachas que desayunaba junto a sus tres hijos. Después, Teresa, vestida de luto riguroso, recorría las viviendas de la aldea albaceteña vendiendo leche, y Cristóbal, ataviado con harapos y unas viejas alpargatas, se enfilaba hacia el monte.

Teresa había recuperado su nombre al enviudar. Tras la muerte de su esposo, nunca más, nadie, se dirigió a ella como «la Emilia». Emilio falleció a los pocos meses del final de la Guerra Civil, en 1939, víctima de la tuberculosis. Días después, la misma enfermedad se llevó al hermano mayor de Cristóbal. Durante un tiempo Teresa estuvo debatiéndose entre el dolor de perder a un hijo y el

desahogo que le proporcionaba la muerte de su marido. Se sentía aliviada sin la presencia de Emilio, con la seguridad de que yacía bajo tierra y, para cerciorarse de ello, como una obsesión, a diario iba hasta el cementerio y comprobaba que la tumba seguía igual, un montículo de tierra bien tupida, prieta, con dos ramas mal clavadas en forma de cruz. El cuerpo de su hijo reposaba junto a un padre, del que había recibido una mansalva de palizas. Porque de los bofetones y de los latigazos con la cuerda de esparto que Emilio usaba de cinturón, nadie de la familia se había librado.

Cellisqueaba. Mientras las cabras pastaban la hierba fría y mojada de los campos, Cristóbal, apoyado en un árbol, se dispuso a tocar la flauta que él mismo había confeccionado con un trozo de caña. Sin darle tiempo a iniciar la melodía, una traviesa Carlota se acercó a sus labios regalándole un beso fugaz, un previo, un avance, la antesala de lo que vendría después. Habían hecho planes para aquella tarde, celebrarían juntos su decimosexto cumpleaños. Desde que finalizó la guerra y Carlota regresó a la aldea, se habían hecho inseparables.

—Sé puntual —insistió Carlota.

—Lo seré. Ven, dame otro beso. —Cristóbal dejó caer la flauta sobre el prado, se abrazó a la cintura de Carlota y volvieron a unir sus labios.

Carlota echó a correr, debía pensar rápido y buscar una excusa creíble que le permitiese quedarse en casa. Así lo hizo con su acostumbrado desparpajo.

—Por favor, Carlota, que es nuestro cumpleaños... —Le sonrió María con su inocencia y dulzura.

María era poco habladora. Las mellizas tenían un ligero parecido físico, si bien la belleza de María deslumbraba; era calcada a su madre, de la que también había heredado la fragilidad. Carlota era una joven bonita, de carácter arrebatador, divertida, enérgica

y aquel día no iba a renunciar a sus planes por mucho que su hermana le rogase con la mirada.

—¿Cuánto rato más voy a tener que esperar? —vociferó Sebastián desde el piso de abajo.

—¡Carlota, María, ¡daos prisa! —Amalia entró nerviosa en la habitación de las mellizas.

—No me encuentro bien, mamá —le dijo Carlota desde la cama.

—¿Qué te pasa? Esta mañana estabas perfectamente. Levanta de la cama y vístete rápido.

—Me quedo aquí, tengo dolor de cabeza.

—Mucho cuento es lo que tienes. Es el día de vuestro cumpleaños y fue tuya la idea de que fuésemos juntos a comer a la ciudad. Tu padre se va a enfadar si te quedas sola. Seguro que tienes algo planeado, nada bueno, ¿qué vamos a hacer contigo? ¡Levántate!

—¡No! —Se tapó la cabeza con la colcha de lana que cubría la cama.

—Vamos, María. Tu hermana es una rebelde. ¡Gracias a Dios que te tengo a ti! —cedió con resignación Amalia.

Carlota escuchó cómo su padre las maldecía; a ella, por negarse a acompañarlos, y a su madre, por consentirlo. La guerra había convertido a Sebastián en un hombre de carácter irascible, tosco. El paso de los años no le había ayudado a olvidar los malos recuerdos, se habían enquistado y extendido por todo su ser; vivía amargado.

Eran las tres y media en punto cuando Cristóbal golpeaba el portón. Presurosa, Carlota le abría sin dejarse ver.

—Entra rápido —lo acució.

—Tranquila, me he asegurado de que no me viese nadie —aseveró Cristóbal dándole un beso en la mejilla.

Ya estaban juntos y solos, como habían planificado. Tenían por delante unas cuatro horas antes de que la familia de Carlota

regresase. Los Pinel eran de los pocos en la aldea que se habían comprado un automóvil, aun así, el camino hasta la ciudad era abrupto, las piedras y los baches abundaban.

Era la primera vez que Cristóbal entraba en aquella casa que, comparada con la pobreza de la suya, le parecía un palacete. Se fijó en el gramófono, se acercó, lo rozó con los dedos suavemente, caricias que Carlota anhelaba para ella.

—¿Te gusta?

—Mucho —respondió—. ¿Funciona?

—¡Claro!

Carlota lo puso en marcha. Notas suaves flotaron por la estancia, la música los envolvió. Se miraron y sonrieron. Siempre, desde pequeños, cada vez que se miraban, afloraban sus sonrisas como un acto reflejo incontrollable. El cariño infantil, los juegos, las travесuras, la complicidad habían dado paso a un amor adolescente.

Siguieron riendo y bailoteando al tiempo que, como una tontería sin importancia o como uno de tantos juegos que habían compartido, se fueron despojando de la ropa. Aún conservaban la que cubría sus partes más íntimas, cuando el picaporte de hierro sonó contra el portón con cuatro golpes secos, rotundos.

Carlota se puso en alerta. Cristóbal hizo un gesto de extrañeza.

—Corre, coge tu ropa y vete por la puerta de atrás —le urgió en voz baja.

Ella se vistió a toda prisa, él hizo una bola con los pantalones y la camiseta que se colocó bajo el brazo, salió por la puerta trasera con las alpargatas en la mano y se topó con Rita.

—¡Diantres, Cristóbal! —exclamó dando un respingo—. ¿Qué haces medio desnudo?

—Perdona, Rita —dijo calzándose las alpargatas que, como si fuesen mágicas, elevaron sus piernas con grandes zancadas a través de los campos.

Rita, la partera que los ayudó a nacer, sentía un enorme cariño por Carlota y Cristóbal. Sabía que era su dieciséis cumpleaños y dibujó una sonrisa huidiza al imaginarse que lo estaban celebrando juntos. Enseguida frunció el cejo, algo pasaba para que Cristóbal saliese huyendo en paños menores. Se preocupó.

Carlota se atavió todo lo rápido que pudo y se pasó las manos por su alborotada melena, despeinada de bailar. Abrió la puerta convencida de que alguna vecina de la aldea estaba tras la misma. Equivocada, se topó con una mirada aviesa en un rostro que la descompuso; la pesadilla de los años que durante la Guerra Civil Española pasó en Francia.

—¿Qué haces aquí? —cuestionó temblorosa.

—¿Carlota? Estás cambiada, eres una jovencita muy guapa. Tenías seis años la última vez que te vi. ¿Me recuerdas? Soy Michel, el primo de tu padre. ¿Puedo pasar?

—No.

—¿No me recuerdas o no me dejas pasar?

—Por desgracia te recuerdo perfectamente, por eso no te dejas pasar —habló con firmeza.

Michel la miró con inquina. Carlota le enfrentó la mirada abriendo bien los ojos. Sus ojos, futuros testigos de cómo ella misma le daría muerte.

3

Minerva prescindía del café, incluso del de las mañanas; no lo necesitaba. A diario despertaba con la energía de la diosa que refería su nombre. Un vaso de agua en ayunas, un batido de frutas variadas a continuación y lista para salir a correr media hora intensa por la zona de Montjuic: llanos, cuestas, escaleras e impresionantes vistas al mar. Respiración acompasada, pensamientos positivos, música mental. Las mallas marcaban la musculatura de sus piernas, la firmeza de los glúteos. Una camiseta y una sudadera le cubrían la parte superior, los pechos bien sujetos con un sostén cruzado que evitaba el zarandeo. Mechones castaños, escapados de la coleta, acariciaban su rostro de facciones dulces, inversas a su fuerte personalidad e impetuoso temperamento.

Agradecía el frescor de la mañana abofeteándole las mejillas. Había trasnochado, el vuelo que la traía de Berlín llegó con retraso al aeropuerto de Barcelona. Entró en su apartamento pasada la media noche y, aunque necesitaba dormir ocho horas para que su cerebro se activase adecuadamente, era incapaz de meterse en la cama sin antes deshacer el equipaje, colocar cada cosa en su sitio, prepararse una infusión y darse un baño. Era un ceremonial, su

manera personal de archivar como resuelto un caso y prepararse para el siguiente.

Se detuvo en lo alto de la escalinata e inspiró. Hizo unos estiramientos mientras se cruzaba con otros deportistas matutinos. Con la mayoría coincidía a diario, la costumbre los llevaba al saludo. Regresó a su piso, un sexto pequeño de tan solo dos habitaciones, pero con una amplísima terraza que compensaba los escasos metros del interior y se enfocaba a la inmensidad azul del Mediterráneo. Una ducha tonificante precedió al bocadillo de atún que mantendría su estómago calmado durante unas tres horas. Minerva comía a menudo, el hecho de no exteriorizar los nervios provocaba que estos compartiesen parte de su ingesta. De pequeña su padre le decía: «Te van a comer esos nervios». Tenía razón, a los cuarenta y dos la seguían devorando. La parte positiva era que se mantenía en el mismo peso que a los veinte. Abrió dos amplios armarios donde abundaban diferentes tipos de atuendos. Le apetecía lucir tonalidades suaves, escogió un vestido de color beige, ceñido a la cintura por un ancho fajín marrón muy similar a las botas de tacón alto que se calzó. Fue hasta el cuarto de baño, disimuló con una pizca de crema las ojeras e intensificó su profunda mirada con un ligero toque de máscara negra en las pestañas. Asió el bolso y salió del piso. Cogió un taxi hasta el Paseo de Gracia, caminó unos pasos y se detuvo ante un portal entre las calles Mallorca y Valencia. Era un antiguo edificio convertido en oficinas. En uno de los letreros de la entrada se leía: 3^º-1^ª Minerva Nàcher. Investigadora privada.

Al entrar saludó sonriente al portero y enfiló las escaleras sin darle tiempo a corresponderle. Entró en su amplio despacho, posó el bolso sobre el escritorio y abrió la ventana, observó pensativa el bullicio matutino de la infatigable ciudad. Encendió el ordenador y abrió una carpeta denominada «CRISTÓBAL». Se puso a revisar

los documentos que la componían cuando sonó su teléfono móvil. Miró la pantalla, hizo una mueca de fastidio y respondió:

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no me gusta el café?

—No seas presuntuosa, Minerva. Ser amable y proponerte de vez en cuando tomarnos un café que, por cierto, siempre rechazas, no significa que intente ligar contigo.

—Ya... ¿Qué quieres, Pedrosa?

—Tu opinión en un homicidio.

—Eso me parece más interesante. Cuéntame.

—El cadáver ha sido hallado hace un rato, en un chalé de la zona alta.

—Enseguida voy. Pásame la ubicación y dirección.

—Aquí te espero —dijo el inspector con la mirada fija en el cadáver.

Como un autómatas cerró la ventana, apagó el ordenador, agarró el bolso y salió del edificio. Dio el alto a un taxi y le dio la dirección que le había enviado el inspector Pedrosa.

—Tengo prisa. ¿Sabe dónde es?

—Más o menos, señora, por la zona alta, creo.

—¡Exactamente aquí! —Le mostró la ubicación en su móvil—. Cójalo, luego me lo devuelve —insistió—. Vamos, arranque. Y por favor, no me dé conversación.

El taxista, acostumbrado a las rarezas de la gente, permaneció callado. Tampoco tenía ganas de hablar, así que en el fondo la clienta le hacía un favor. Ambos pensaban: él, en los pagos pendientes a los que tenía que hacer frente ese mes; ella, en quién sería la víctima.

—¡Cuánto has tardado! No he podido evitar que la científica entrase —se quejó Pedrosa, que la esperaba en la acera delante del chalé—. Estás muy guapa —añadió suavizando el tono de voz.

—Otro piropo y me voy, inspector —replicó Minerva con extrema seriedad—. Es lógico que la científica haga su trabajo, no interfiere en el mío.

—Sabes que prefiero que seas tú quien haga la primera inspección ocular, para eso te llamo antes de que el lugar se contamine. La víctima está en el suelo de la entrada. ¿Vamos?

—Te sigo. —Asintió Minerva con la cabeza.

Minerva Nàcher y el inspector Pedrosa se conocían de hacía años y habían colaborado en varias ocasiones. Pedrosa se sentía atraído por Minerva como por otras muchas, era un mujeriego, le gustaba el juego de la seducción, aunque no llegase más allá que a sentirse admirado por las féminas. Minerva se le resistía, sentía un rechazo involuntario hacia los hombres que presumían de todo. Los encontraba repulsivos. Ella sabía que, entre su grupo de amigos, Pedrosa la llamaba «la frígida», porque no había sucumbido a sus supuestos encantos. A la investigadora le eran indiferentes esas banalidades que consideraba auténticas estupideces. Lo único que le interesaba del inspector era su faceta profesional.

El cuerpo inerte se hallaba en la misma entrada, pasada la puerta principal. Estaba tumbado bocarriba y un agujero le horadaba la frente. Con el torso desnudo, una toalla lo cubría de la cintura a las rodillas.

Minerva se acercó un poco más, se fijó en el rostro y en la mezcla de sangre junto a restos de masa encefálica que lo coronaban.

—Pues sí, pues sí —asentía Pedrosa con voz y gesto—. Todo un señor de alta cuna, de barrio noble, pijo, exclusivísimo... Y se lo han cargado como a cualquier otro. —Hizo una mueca de pasotismo.

—Es un alivio —soltó Minerva—. Aunque esté mal decirlo, me alegro de verlo muerto.

—¿A qué te refieres? ¿Lo conocías? —se extrañó el inspector.

—Sí. Míralo bien, tú procediste a su detención. Diles a los de la científica que me echen una mano, necesito verle la espalda.

—Señaló con el dedo índice al muerto junto a una mueca de desdén.

Pedrosa siguió las indicaciones de Minerva mientras se preguntaba cuándo, dónde y por qué había detenido al fiambre. Cuanto más se esforzaba en recordar, menos resultados obtenía, su memoria se disipaba en un sinfín de casos y detenciones que había llevado a cabo durante sus más de treinta años de policía.

Minerva, con las manos enfundadas en unos guantes asépticos y finos como su propia piel, comenzó, ayudada por dos agentes de la científica, a decir en voz alta todo lo que observaba y deducía.

—Según se observa a primera vista murió de un disparo en la frente. No fue a bocajarro, pero casi. Efectuado a muy corta distancia.

Siempre que Minerva Nàcher empezaba a analizar el escenario de una muerte, el inspector Pedrosa escuchaba atónito la firmeza de su voz, admiraba cada uno de sus gestos, se fijaba en aquellos labios perfectos y desconectaba los oídos. La veía flotar como una ensoñación.

Minerva, además de poseer una enorme capacidad retentiva, se dejaba ayudar por su intuición.

El cuerpo también presenta arañazos y golpes por el torso, espalda y piernas —prosiguió—. Las marcas de los golpes en torso y espalda son de puños, propios de una persona con poca fuerza, posiblemente una mujer, una mujer grácil. En las piernas se observan marcas de un tacón poco grueso, quien fuera que se estaba defendiendo llevaba calzado femenino.

—¿Qué me dices de los arañazos? ¿Le arrancaron piel? —se interesó el inspector.

—Sí, sí, le arañaron con rabia, es evidente.

Minerva se adentró en la casa para realizar una inspección ocular. Pedrosa la siguió. Fue directa a la habitación principal. El agua del jacuzzi no burbujeaba.

—¿Estaba así cuando habéis llegado? —preguntó a una agente de la científica.

—Sí —aseveró. Aunque ha estado en funcionamiento y el agua todavía mantiene una ligera tibieza.

—Por favor, no toquéis nada más y dejadme unos minutos a solas. Tú te puedes quedar. —Miró a Pedrosa.

El inspector se quedó quietecito en un rincón, como petrificado, ni se movía ni comentaba. Por experiencia sabía que cuando Minerva Nàcher quería estar sola no se le podía hablar, solo obedecer. Y si a él lo dejaba quedarse era simplemente para darle un uso útil, el de tomar notas o grabar sus palabras. Palabras y elucubraciones que solo decía una vez en voz alta, nunca las repetía. Así que, grabadora en mano, se dispuso a escuchar.

Al principio Minerva recorrió toda la habitación haciendo un chequeo minucioso con la mirada. Sus ojos avellanados eran como cámaras de fotos que grababan ciertas imágenes en su cerebro y desechaban otras. Su voz, casi imperceptible, susurraba, haciéndose una composición de los hechos antes de alzarla para que Pedrosa la pudiese grabar.

—¡El muy cabrón estaba reincidiendo! —exclamó después de escasos seis minutos.

El inspector, que seguía quietecito, no entendía qué quería decir. Y tampoco se atrevía a hablar e interrumpirla. Se limitó a grabar aquellas palabras.

—¿Me escuchas, Pedrosa?

—Sí, sí, claro, te escucho —reaccionó.

—¡Qué asco me dan estos asquerosos depravados! Es pisar la calle y ¡a la caza! Uno más que no ha cumplido toda la condena. Quiero que averigües cuándo salió de la cárcel y el tiempo de la pena que ha cumplido. Cuando sepa eso te diré lo que he visto y mis deducciones.

—Vale, Minerva —respondió con tiento—. ¿Me puedes decir de quién estás hablando?

—Del cadáver —resopló—. ¿Aún no sabes quién es?

El inspector negó con la cabeza.

—Si lo detuviste tú, Pedrosa. ¡Infusiones de ginkgo para esa memoria! Es Lorenzo Arqué.

—¡El aristócrata! —rememoró repentinamente.

—¡El aristócrata violador! —puntualizó Minerva.
